

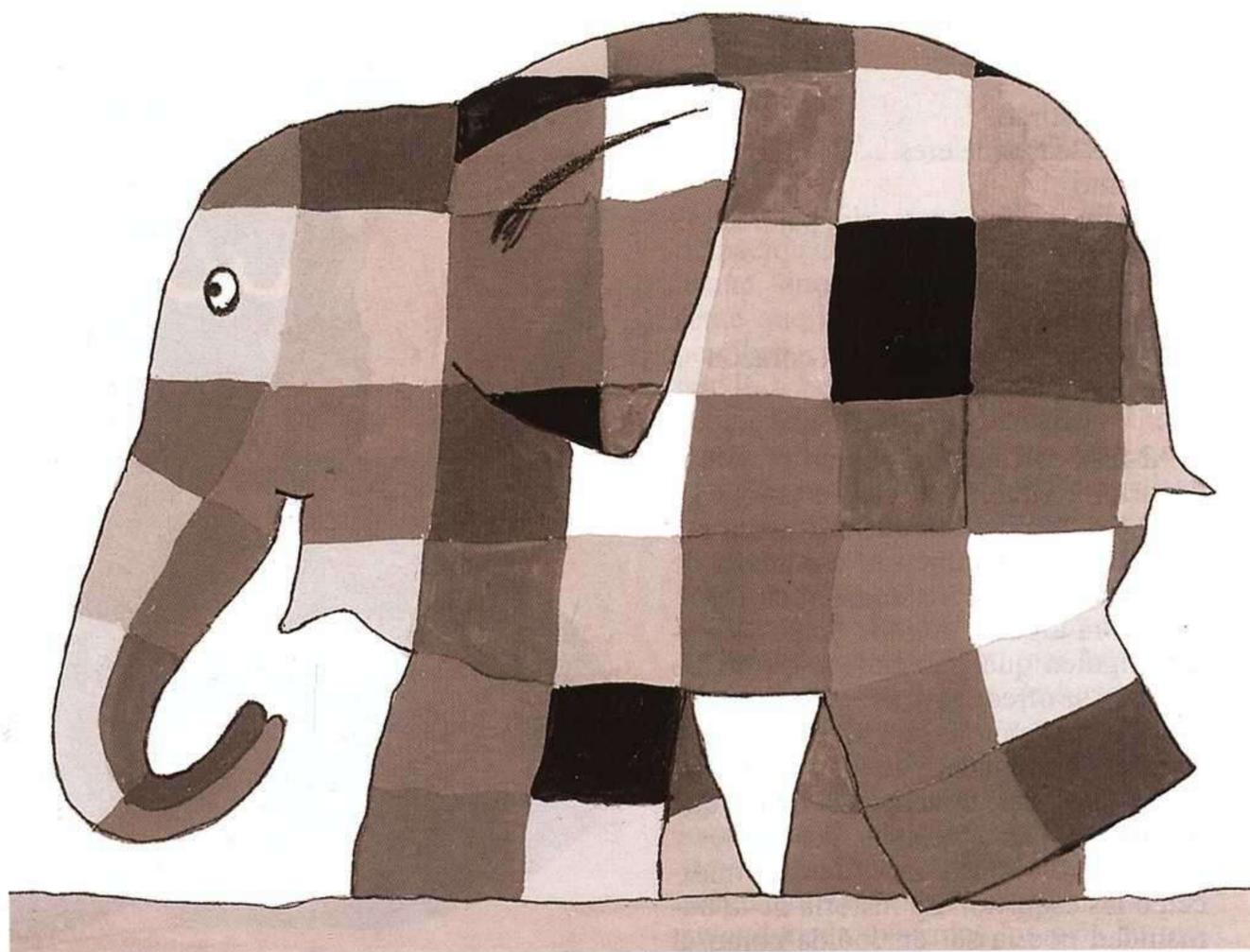
COLABORACIONES

Fuera de lugar

Travesías II

Juan Mata*

Los artículos que estamos publicando en la serie Travesías quieren demostrar, con ejemplos concretos, que muchos libros y álbumes de LIJ tienen la misma calidad y ambición que las obras de literatura para adultos. En esta segunda entrega —la primera fue en el CLIJ 191, de marzo de 2006— se explica que «los buenos poemas, los buenos cuentos, las buenas novelas, los buenos álbumes infantiles pueden aportar al lector visiones inéditas y conmovedoras acerca de las diferencias humanas y de los conflictos sociales», es decir, se hace alusión a libros que nos ayudan a entender los contrastes entre uniformidad y diferencia, entre la humillación y el amparo, entre la violencia y el entendimiento. Obras pobladas por personajes raros, discrepantes, insólitos, estafalarios, menospreciados —desde Elmer, el elefante a cuadros hasta los atormentados personajes de Kafka— que luchan por acceder a la normalidad.



DAVID MCKEE, LOS COLORES DE ELMER, ANAYA, 1997.

En un poema escrito en 1939, ya en el exilio, y titulado *Distinto*, Juan Ramón Jiménez¹ habla de la multiplicidad de la naturaleza y de la vida, así como de las amenazas que se ciernen sobre lo que es desigual o disgusta a quienes se disuelven en la uniformidad:

«Lo querían matar
los iguales,
porque era distinto.

Si veis un pájaro distinto,
tiradlo;
si veis un monte distinto,
caedlo;
si veis un camino distinto,
cortadlo;
si veis una rosa distinta,
deshojadla;
si veis un río distinto,
cegadlo...
Si veis un hombre distinto,
matadlo.

¿Y el sol y la luna
dando en lo distinto?

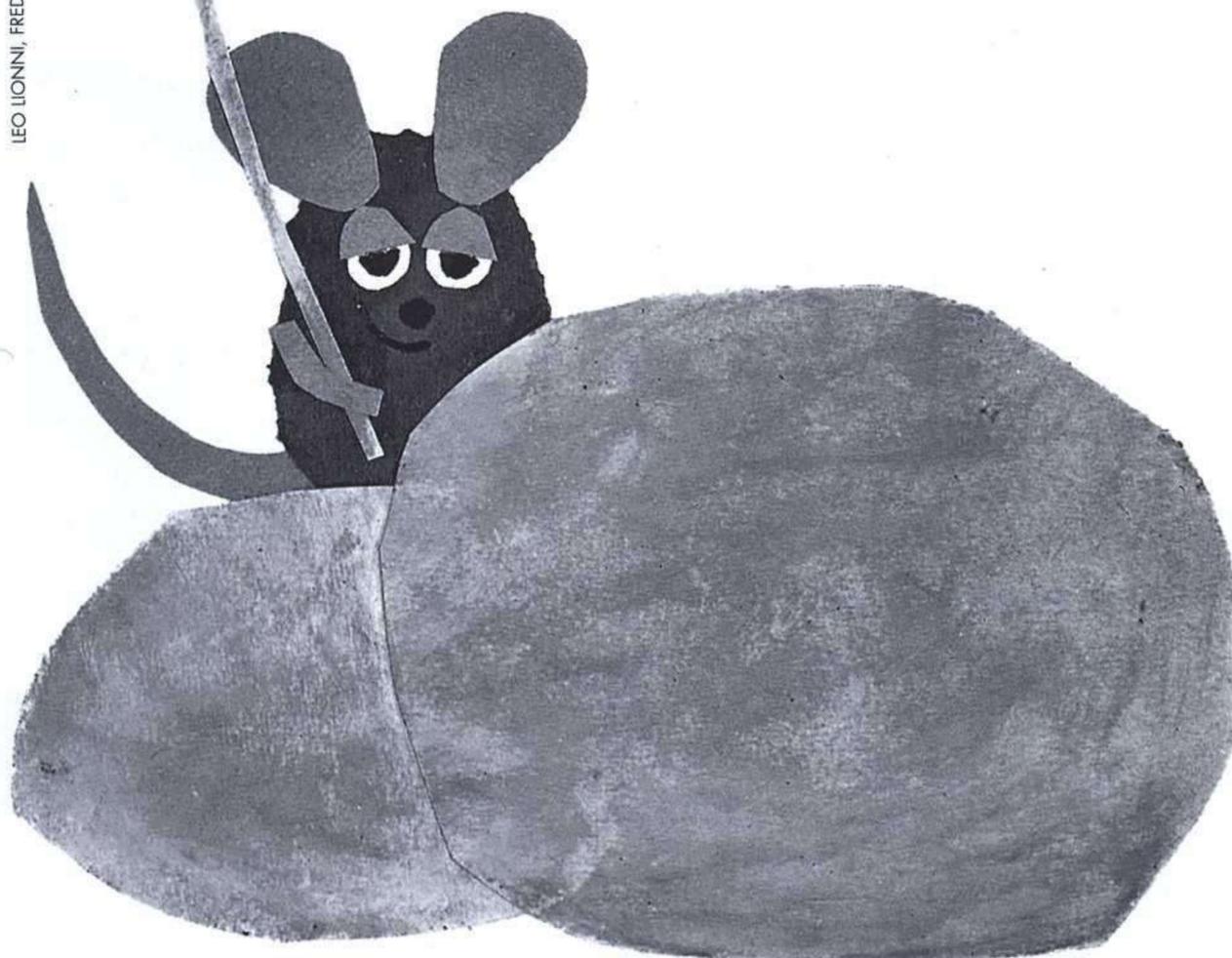
Altura, olor, largor, frescura, cantar,
vivir
distinto
de lo distinto;
lo que seas, que eres
distinto
(monte, camino, rosa, río, pájaro,
hombre):
si te descubren los iguales,
huye a mí,
ven a mi ser, mi frente, mi corazón
distinto.»

Al leer ese amargo poema podemos sentir la aversión que despierta lo anómalo y la fiereza con que se intenta eliminarlo, pero también la esperanza de que, aun en los peores momentos, siempre habrá alguien con los brazos abiertos, alguien que, sabiéndose asimismo distinto, se ofrece para acoger a los de su misma condición. Pues ése es el peligro: el recelo permanente de los iguales hacia los distintos, la venganza de los que reverencian las intocables identidades y arremeten contra quienes las contradicen o las esquivan. La historia de la humanidad podría ser entendida como el



MUNRO LEAF, FERDINANDO EL TORO, LÓGUEZ, 1991.

LEO LIONNI, FREDERICK, LUMEN, 1988.



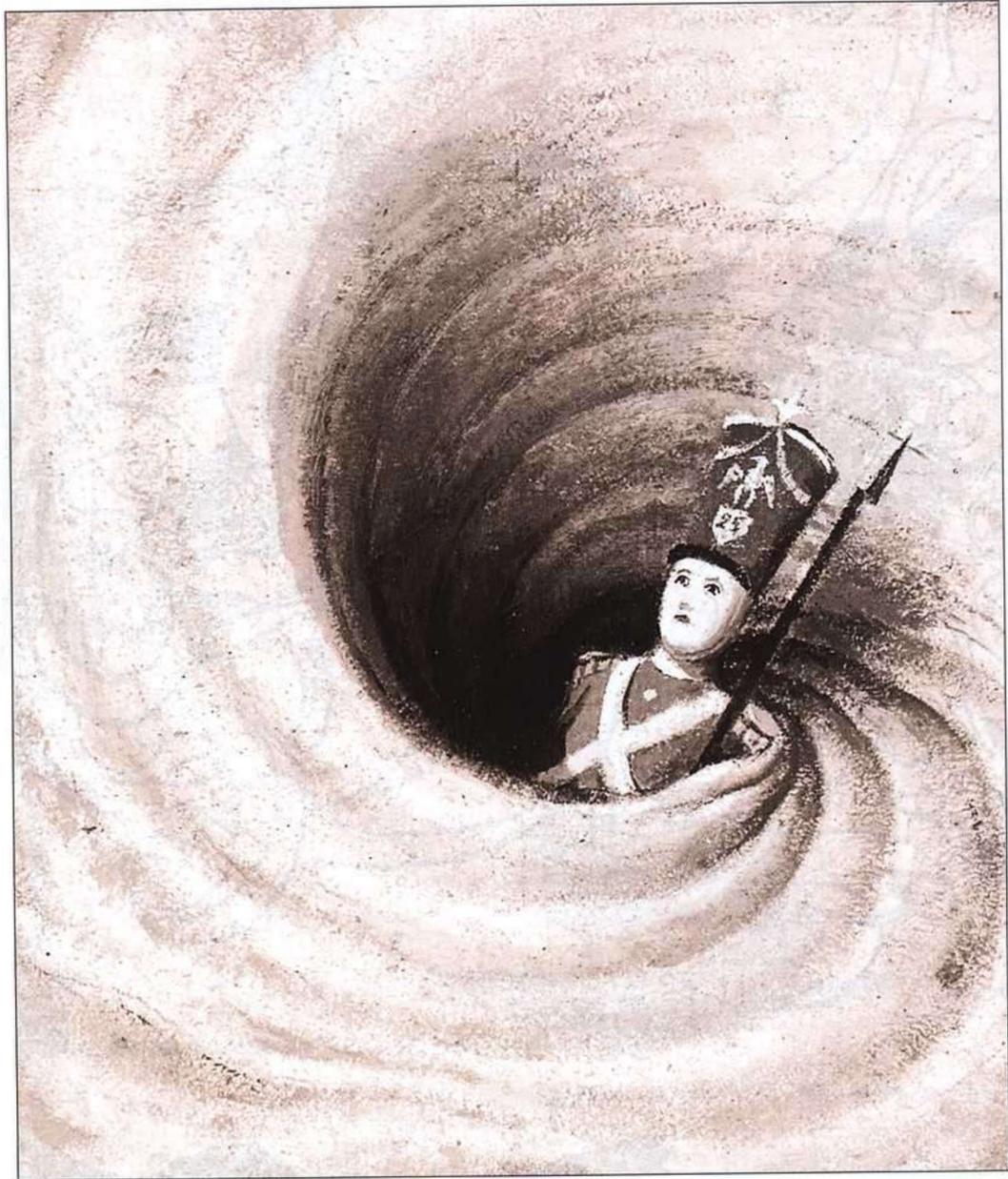
relato de una lucha feroz entre los que rehúyen lo homogéneo y los que detestan a los desiguales, para quienes fueron inventados los sarcasmos, las hogueras, los patíbulos, las prisiones, los *gulags*, los destierros. Y tan cierto es eso como que no ha habido progreso científico o ético sin el atrevimiento de los raros y los discrepantes.

Personajes insólitos de la LIJ

La literatura infantil y juvenil es un territorio especialmente proclive a la manifestación de esos personajes dispares. Diría más: ahí han encontrado un acomodo natural, sin forzamientos. Y están presentes no tanto como reflejo de una precoz conciencia infantil de los valores de lo distinto ni tampoco como an-



SHEL SILVERSTEIN, LAFACDI EL LLEÓ QUE VA TORNAR EL TRET, LUMEN, 1992.

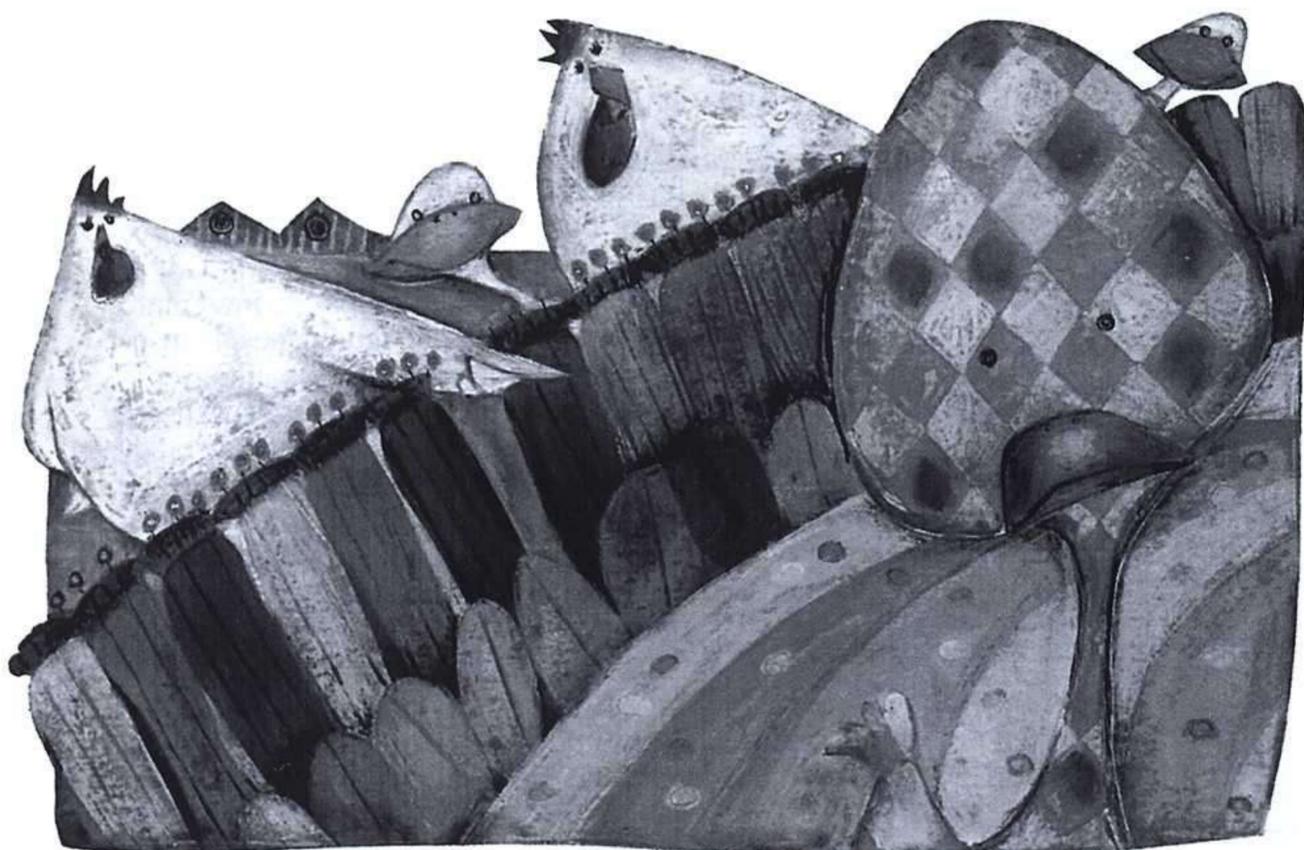


JAVIER SÁEZ CASTÁN, EL VALIENTE SOLDADITO DE PLOMO, ANAYA, 2004.

ticipación de un arriesgado porvenir aún lejano, sino como consuelo para un presente que los niños y los adolescentes perciben con inquietud: la soledad, el miedo a no ser queridos, la incipiente conciencia de las desigualdades, la inseguridad, la intuición de los antagonismos... Sus vidas, no siempre sosegadas y transparentes, requieren también razonamientos poéticos para ser comprendidas. Y puesto que los lectores jóvenes son menos desconfiados, la fantasía puede levantar el vuelo con más libertad y poblar los libros a ellos destinados con personajes estrafalarios y menospreciados, encarnaciones de sus sensaciones más íntimas. Y es esa libertad creadora (a pesar de la constante asechanza de los viejos y nuevos puritanismos) la que ha propiciado que en la literatura infantil y juvenil estén evocados los más hermo-



ARTHUR RACKHAM, CUENTOS DE ANDERSEN, «LA SIRENITA», JUVENTUD, 1998.



M^o JESÚS SANTOS HEREDERO, CUENTOS DE HANS CHRISTIAN ANDERSEN, «EL PATITO FEO», EDELVIVES, 2003.

los sueños y los más oscuros temores de los seres humanos.

Aludiré a algunos de esos personajes. Está *Elmer*, el jovial elefante de piel multicolor que sufre por su tara y pugna por dotarse de una epidermis gris, como las de los demás elefantes, para integrarse mejor en la manada. Y está *Frederick*, el ratón poeta y contemplativo que, a diferencia de sus compañeros, desdeña el afán diario y el trabajo, pues prefiere pasar el tiempo colectando colores, sonidos y palabras, a la espera del largo y ceniciento invierno. Y también está *Ferdinando*, que lejos de actuar como un toro rudo y agresivo, como corresponde a su naturaleza, prefiere la soledad de la dehesa, sentarse en silencio bajo una encina y entregarse a sus ensañaciones mientras huele las flores. Y está, desde luego, *Segismundo*, el pájaro al que una temprana caída del nido le ha dañado el cerebro y que, incapaz de trinar, silbar y cantar como los demás pájaros, únicamente acierta a pronunciar el fatal «¡Zas pum!» que oyo al golpearse la cabeza contra el suelo. Y, por supuesto, *Lafcadio*, el joven león que, después de negarse a ejercer su condición de asesino y de vivir temporalmente en el mundo absurdo de los hombres, decide aislarse de todos y renunciar tanto a matar leones como a engullir cazadores.² Ninguno de esos personajes responde en absoluto a lo que se espera de ellos; representan, por el contrario, la excepción, la ruptura de la norma, la quiebra del destino.

Todos ellos son, inicialmente, seres fuera de lugar. Pertenecen a la estirpe de personajes insólitos y excluidos que concibió Hans Christian Andersen. Baste recordar al Patito Feo, cuya extraña fisonomía no se aviene con la comunidad donde ha nacido; a la Sirenita, enamorada de un ser humano, para cuya conquista debe sacrificar su naturaleza y su hermosa voz; al valiente y mutilado Soldadito de Plomo, prendado de una bailarina de papel con la que finalmente desaparece, consumidos ambos por el fuego; a la pequeña cerillera, sola y helada de frío en una noche nevosa en la que las calles se despueblan y los hogares se engalanan para recibir el Año Nuevo... Y a tantos otros que tienen que sufrir las consecuencias de su desigual-



CHRISTA AUS DEM SIEPEN, ¿QUÉ FUE DEL GIRBEL?, LÓGUEZ, 1991.



TIM BURTON, LA MELANCÓLICA MUERTE DE CHICO OSTRA, ANAGRAMA, 1999.

dad y pugnan por encontrar acomodo en un mundo que recela de ellos y los relega. Cada uno de ellos es signo de una emoción humana, en cada uno de ellos late el pulso arduo de la vida.

Pero si ensanchamos el círculo de las semejanzas, aquellos personajes están asimismo avicinados con los de Franz Kafka, pongamos por caso, pues si leemos sus peripecias con atención no será difícil encontrar zonas de contigüidad con los personajes estigmatizados e inadaptados que conforman el mundo tormentoso del escritor checo, desde Peter el Rojo, el chimpancé ilustrado que no se siente un simio pero sabe que tampoco es un hombre, a Gregor Samsa, condenado a padecer el asco y el desdén de sus congéneres al verlo convertido en un insecto nauseabundo, pasando por el agrimensor K., cuya condición no acaba de ser reconocida por los habitantes del castillo al que ha acudido a trabajar y se-

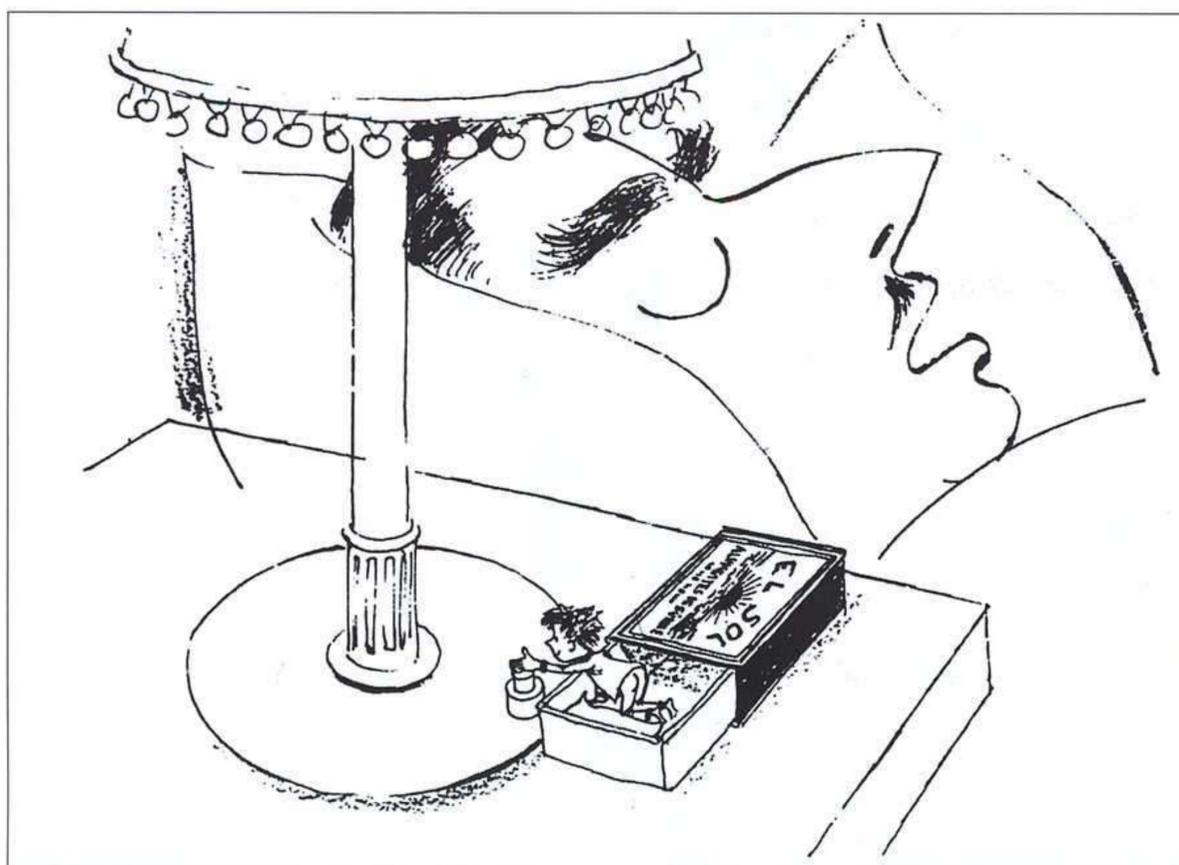
guirá siendo un forastero para los habitantes de la aldea que lo acoge. Personajes todos que pueden ser entendidos como representaciones de las dificultades de un judío, del propio Kafka, para encajar en la sociedad de su tiempo pero también como alegorías de la extrañeza y la exclusión.

Los cinco personajes citados al principio, y decenas más como ellos, sufren también los rigores de la desemejanza y luchan a su manera por acceder a la normalidad. El elefante de colores quiere diluirse a toda costa en la manada, aun a riesgo de perder su nombre propio y ser en adelante un anónimo miembro del grupo; el ratón poeta persevera en su actitud indolente y sentimental, pese a las críticas y los desaires de sus colegas, en espera de su oportunidad; el toro apacible es incapaz de agredir a nadie, aunque su temperamento y sus gustos le granjeen insultos y burlas, por lo que se

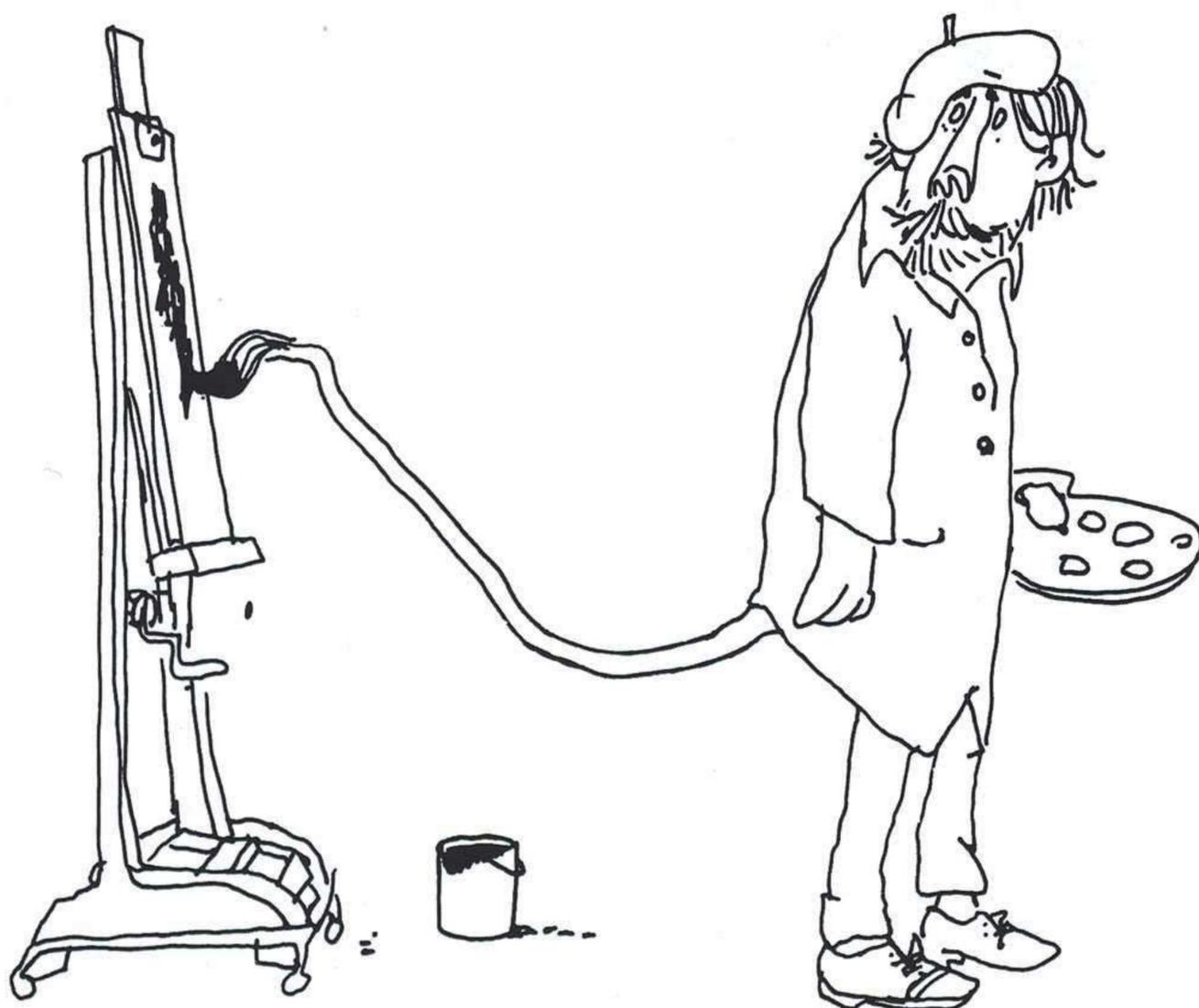
muestra dócil y paciente; el pájaro silencioso ni sabe ni puede participar en los ritos de la comunidad, aunque no llega a perder un ápice de deseo y de bondad; el león dubitativo, al que por encima de todo le gustan las castañas, acepta formar parte del mundo civilizado de los hombres porque así esquivaba su instinto animal, hasta que se da cuenta de que las costumbres humanas pueden conducirlo a matar a sus semejantes. Todos se sienten incómodos en su condición de raros y segregados.

La inadaptación es el rasgo común a todos ellos, un malestar que conocen bien los seres humanos. Pero ¿quién o qué puede prepararlos para encarar mejor la complejidad del mundo, la singularidad de los seres humanos? Por descontado, la experiencia personal. Pero una experiencia no sólo vivida sino meditada. Vivir sin aprender, sin extraer consecuencias morales, es un simple

episodio biológico. Hay protagonistas o testigos de acontecimientos extraordinarios que apenas se percatan de nada y, en cambio, hay quienes de pequeños sucesos extraen inolvidables lecciones para la propia vida. De eso se trata. Pero a ese conocimiento esencial también ayuda la experiencia ajena, sea real o imaginada. Las voces de la literatura pueden contribuir desde luego a esa empresa, pueden desvelar a los lectores los innumerables semblantes de la realidad y favorecer desde la infancia el encuentro con el tropel de seres marginados, quebrantados, dementes, deformes, extravagantes, atormentados, solitarios, frágiles, etc. que pueblan los libros, reflejo difuminado de los que pueblan el mundo. No debemos olvidar que la narrativa moderna nace, y no por casualidad, con las andanzas de un hidalgo manchego que es objeto de burlas y agresiones a causa de su «locura», es decir, de la visión anacrónica y desfigurada de un mundo irremediamente ajeno, y desde entonces la novela no ha dejado de acoger a esos personajes que transitan por los márgenes de las ortodoxias y de la historia. Podría decirse que la literatura moderna fue creada para dar voz y presencia a esos seres desplazados. Pensemos en Hester Prynne, obligada a portar sobre su pecho una infamante A escarlata como castigo a su desafío moral y a su pasión amorosa; en Max Estrella, el poeta ciego y bohemio que deambula por las calles sórdidas de un Madrid nocturno clamando en vano contra una sociedad amodorrada y chabacana; en Alexis, el joven y atormentado músico que dice adiós a su esposa en una larga carta y solicita su comprensión por sus preferencias homosexuales; en Holden Caulfield, el adolescente sarcástico y desorientado que vaga sin prisa por las calles de Nueva York mientras advierte la hipocresía y las incoherencias del mundo de los adultos; en Bartleby, el amanuense eficaz y reservado cuya obstinada negativa a cualquier tipo de acción lo mantiene a salvo de las derrotas de la vida; en Magda, la joven granjera que soporta el peso del desprecio y la soledad en medio del áspero desierto sudafricano; en Eguchi, el anciano japonés forzado al final de su vida al triste consuelo de yacer por las



HORST LEMKE, EL HOMBRE PEQUEÑITO, ALFAGUARA, 1980.



SHEL SILVERSTEIN, LAFCADI EL LLEÓ QUE VA TORNAR EL TRET, LUMEN, 1992.

noches junto a hermosas jóvenes narcotizadas.³

Sin la mirada comprensiva, libertadora, de la literatura, esos y tantos otros personajes, y las desventuras y esperanzas humanas que encarnan, habrían permanecido invisibles e ignorados. Y es la lectura de sus historias lo que nos permite mirar de soslayo la propia vida, con una pizca más de inteligencia.

Territorios limítrofes

Lo que muchos libros para niños aportan entonces, igual que tantos libros para adultos, son poderosas imágenes con las que es posible elaborar sutiles reflexiones sobre la diversidad de la vida y las trampas de la identidad. Lo que importa es conducirlos hasta esos libros, mostrarles las virtudes de la lectura. He comprobado que, a poco que se sugiera en una conversación, la mayoría de los niños lectores son capaces de relacionar a Elmer o a Ferdinando con el alumno ucraniano recién llegado a la escuela o con la niña tímida y de ojos achinados que se sienta al final de la clase o con el compañero fantasioso y disparatado que sigue creyendo en los Reyes Magos a pesar de las evidencias y las burlas. Esa espontánea asociación entre personajes imaginarios y personas reales, ese libre trasiego entre los libros y la vida, es el mayor logro de la literatura, y de la literatura infantil y juvenil en particular.

Si la escritura literaria posee, pues, la capacidad de crear imágenes singulares y deslumbrantes con las palabras comunes, deberíamos acentuar



**Las
fotocopias
no
autorizadas
de libros
y revistas
son un
delito.**



Centro Español de Derechos Reprográficos



principales de su vida y un emblema contra todo tipo de mojigatería moral, puede figurar al lado de Cósimo Piovasco de Rondó, el barón que a los 12 años, en un gesto de rebeldía y autoafirmación, se encarama a un árbol y allí decide quedarse a vivir, sin bajar ya nunca más a tierra, hasta su muerte, que acontece a los 67 años después de vagar de árbol en árbol observando el mundo desde una perspectiva insólita, leyendo y escribiendo, elaborando proyectos y redactando constituciones; el diminuto Mäxchen Pichelsteiniano, el aprendiz de mago que duerme en una caja de cerillas y trabaja en un circo, puede mostrar que ser una persona alta no equivale a ser una persona grande y que la magnitud del espíritu no siempre concuerda con la magnitud del cuerpo con la misma energía con que lo reafirma la señorita M., la pequeña dama inglesa atrapada en un mundo de gente zafia y colmada de prejuicios, aun cuando sus respectivas existencias estén marcadas por turbaciones diferentes; y El Girbel, el niño enfermo y abandonado en una casa de acogida y al que sus compañeros de internado consideran un chiflado a causa de sus torpezas y de sus manías, puede ayudar a descubrir el desamparo de los inocentes e indefensos igual que lo hacen Paco el Bajo y su familia, esa estirpe de campesinos pobres y sojuzgados que malviven en un cortijo de la España latifundista rayana con Portugal a merced de los caprichos de los terratenientes y los señoritos.

Y todo ello sin que las invenciones de Italo Calvino, Walter de la Mare o Miguel Delibes tengan que gozar de muy superior consideración a las de Astrid Lindgren, Erich Kästner o Peter Härtling⁴ sólo a causa de los destinatarios, pues lo que importa es que las narraciones alumbrén, emocionen, hagan hablar en los diversos momentos de la vida. No es el volumen ni las clasificaciones académicas de los textos lo que debería tenerse en cuenta a la hora de hacer llegar un libro a las manos de los niños y jóvenes, sino las potencialidades de la obra y la predisposición de los lectores. Es la continuidad entre unos textos y otros, su presencia constante a lo largo de los años, lo que debe procurarse.

De ese modo, la literatura destinada a los adultos quedaría entrelazada con la

literatura escrita para los lectores más jóvenes, de manera que frente a la idea de exclusión o antagonismo debería abrirse paso la de concurrencia e inclusión. Eso permitiría que las coincidencias quedaran resaltadas por encima de las disparidades. Se eludiría así la fatigosa metáfora de la escalera que permite la progresiva ascensión de lo simple a lo complejo, desde un álbum ilustrado hasta una novela de quinientas páginas, y que es la imagen más socorrida para hablar de modo condescendiente de la literatura infantil y juvenil, a la que se sitúa naturalmente en el escalón más bajo. Se trataría entonces de señalar las coincidencias elementales entre los distintos libros, sin prejuizar su origen, su intención o su extensión. Ni tampoco sus lenguajes, pues la mirada comprensiva hacia los seres diferentes admite los más diversos registros, desde la delicadeza y la compasión de Ana María Matute en *Los niños tontos* a la jocosidad y el disparate de Tim Burton tal como se manifiesta en *La melancólica muerte de Chico Ostra*.⁵

Lo primordial es alentar el propósito básico de aprender a leer la propia vida y a comprender el mundo en que se habita.

Mirar lo insignificante

El escritor Claudio Magris ha reivindicado la literatura porque atiende a «lo que queda en los márgenes del devenir histórico, dando voz y memoria a lo que ha sido rechazado, reprimido, destruido y borrado por la marcha del progreso», y también porque la literatura defiende «la excepción y el desecho contra la norma y las reglas». ⁶ Esa sostenida atención a los despojos, a los excedentes de un mundo implacable y uniforme, es tal vez el atributo más sobresaliente de la literatura. Gracias a ella, el mundo de los excluidos se incorpora a la memoria individual y colectiva, conduce la mirada humana hacia el territorio de lo invisible. Esa contingencia constituiría además una privilegiada posibilidad de conocimiento. El filósofo Richard Rorty resalta por su parte el valor de la literatura porque ve en ella una contribución esencial al progreso moral gracias a su capacidad para ofrecer descripciones de-



MUNRO LEAF, FERDINANDO EL TORO, LÓGUEZ, 1991.

talladas de las variedades particulares del dolor y la humillación, un procedimiento que puede ser más eficaz que los tratados filosóficos o religiosos.⁷

Los buenos poemas, los buenos cuentos, las buenas novelas, los buenos álbumes infantiles pueden aportar al lector visiones inéditas y conmovedoras acerca de las vicisitudes humanas y de los conflictos sociales, pues lo fundamental es común: hacer ver los contrastes entre la uniformidad y la diferencia, entre la humillación y el amparo, entre la violencia

y el entendimiento. Y, por supuesto, alentar a tomar partido por los distintos y los maltratados. Lo primordial es hacer presente en las vidas de los niños y los adultos los libros más hondos y más osados, de manera que vayan ensanchando su conciencia del mundo a medida que viven más, que exigen más. A cada edad puede corresponder una específica forma de acceso al conocimiento, cuyas características vendrían determinadas por las destrezas o las ambiciones personales, lo cual permitiría a

los lectores pasar de un libro a otro, de un verso a un álbum o a un cuento, como pasamos de una sala a otra de un museo repleto de cuadros, esculturas y fotografías. Porque ni en la vida ni en la literatura la diversidad significa antagonismo sino complemento, nunca lo distinto o los distintos son realidades divergentes sino rasgos múltiples de una única vida, como nos lo recuerdan los versos de Salvador Espriu:

«Sí, comprèn-la i fes-la teva, també,
des de les oliveres,
l'alta i senzilla veritat de la presa veu
del vent:
"Diverses són les parles y diversos els
homes,
i covindran molts noms a un sol
amor".»⁸ ■

*Juan Mata es escritor y profesor de la Universidad de Granada.

Notas

1. Jiménez, Juan Ramón, *Una colina meridiana*, Madrid: Huerga y Fierro, 2003.
2. McKee, David, *Elmer*, Madrid: Altea, 1995; Lionni, Leo, *Frederick*, Barcelona: Lumen, 1998; Leaf, Munro, *Ferdinando el toro*, Salamanca: Lóguez, 1978; Heinz, Janish y Bansch, Helga, *¡Zas Pum!*, Salamanca: Lóguez, 2003; Silverstein, Shel, *Lafcadio, el león que devolvió el disparo*, Barcelona, Lumen, 2000.
3. Personajes presentes, respectivamente, en Hawthorne, Nathaniel, *La letra escarlata*, Madrid: Valdemar, 2002; Valle Inclán, Ramón del, *Luces de bohemia*, Madrid: Espasa Calpe, 1980; Yourcenar, Marguerite, *Alexis o el tratado del inútil combate*, Madrid: Alfaguara, 1983; Salinger, J. D., *El guardián entre el centeno*, Madrid: Alianza, 1990; Melville, Herman, *Bartleby, el escribiente*, Madrid: Akal, 1998; Coetzee, J. M., *En medio de ninguna parte*, Barcelona: Mondadori, 2003; Kawabata, Yasunari, *La casa de las bellas durmientes*, Barcelona: Caralt, 1989.
4. Lindgren, Astrid, *Pippi Calzaslargas*, Barcelona: Juventud, 1994; Calvino, Italo, *El barón rampante*, Madrid: Siruela, 2001; Kästner, Erich, *El hombre pequeño*, Madrid: Alfaguara, 1992; De la Mare, Walter, *Memorias de una enana*, Madrid: Siruela, 2002; Härtling, Peter, *¿Qué fue del Girbel?*, Salamanca: Lóguez, 1991; Delibes, Miguel, *Los santos inocentes*, Barcelona: Planeta, 1981.
5. Matute, Ana María, *Los niños tontos*, Barcelona: Destino, 1980; Burton, Tim, *La melancólica muerte de Chico Ostra*, Barcelona: Anagrama, 1999.
6. Magris, Claudio, «¿Hay que expulsar a los poetas de la República?», en *Utopía y desencanto*, Barcelona: Anagrama, 2001.
7. Rorty, Richard, *Contingencia, ironía y solidaridad*, Barcelona: Paidós, 1996.
8. Espriu, Salvador, *La pell de brau*, Madrid: Edicusa, 1968.